

Dos palabras para esta segunda edición

In: Basaldua, Pedro de: *El Libertador vasco: Sabino de Arana Goiri. Biografía histórica*, Geu, Bilbo, 1977: VII-X.

Nos honra a los vascos muy poco la escasa literatura que se ha producido en torno a la figura de Sabino de Arana Goiri.

Para estudiar su ideario y seguirlo en esa acción sin descanso que consumió su vida muy temprano, contamos con una valiosísima recolección de sus trabajos editada el año 1965, un volumen de 2.500 páginas que constituye un ejemplo de probidad, porque se atreve a dar a la luz absolutamente toda la obra escrita de Sabino, aún aquellas partes de las que hoy hubiera podido prescindirse para evitar interpretaciones de viciosa intención política, porque han avanzado algunas ciencias, las circunstancias sociológicas y políticas han dado, no un vuelco, sino diez, y los términos han ido adquiriendo en estos setenta y cuatro años que han transcurrido desde su muerte connotaciones muy distintas. Por dar un ejemplo: el término "raza" ya no tiene, después de la criminal experiencia nazi, el valor antropológico y etnológico que tenía. Pero ahí están las obras en verdad completas de un hombre que murió a los 38 años de edad.

El trabajo de despertador de conciencias que hizo y el eco que despertó en su pueblo son en verdad asombrosas.

Pero al margen de este precioso material que ha sido su legado, hemos escrito sobre él muy poco. Tenemos la obra que escribió Ceferino de Jemein: *Biografía de Arana Goiri'tar Sabin* (Bilbao, 1935), que viene acompañada de abundante y muy valiosa documentación gráfica; también se han publicado numerosos artículos, ensayos y folletos, además de algunas tesis de grado; hay referencias importantes en algunos libros como *Ereintza*, de Engracio de Arantzadi, "Kizkitza" (Zarauz, 1935), pero nadie ha estudiado todavía la figura de Sabino y ha profundizado en la significación política que ha tenido su obra para los vascos como este libro de Basaldúa publicado el año 1953. El Lendakari Aguirre habla en su prólogo de su acierto a partir del título mismo, porque es Sabino el que con su genial percepción política alumbró prodigiosamente el camino de la libertad nacional.

Pedro de Basaldúa, quien estuvo muy cerca del Lendakari Aguirre durante la guerra, y después, es un fino escritor de obra enteramente patriótica, tanto por la temática de sus nueve libros como por su acertada y consecuente dedicación periodística a través de *Euzko Deya*, que sigue dirigiendo en Buenos Aires con alternativas de frecuencia (decenal, quincenal, mensual) pero sin interrupción, desde 1939.

Y si este libro de Basaldúa es muy importante por el estupendo material documental e interpretativo que contiene, también lo es por el prólogo que le dedica José Antonio de Aguirre, el primer Lendakari de Euzkadi.

Así como en *El Libertador vasco* viven con aire a la vez suelto y ceñido muchos de los aspectos de mayor significación en la obra de Sabino, de este prólogo del Lendakari Aguirre trasciende, primero, esa su enorme voluntad integradora de lo nacional vasco,

esa energía, esa tenacidad, que hizo posible la formidable empresa de unir a un pueblo en las circunstancias más dramáticas que se le pueden presentar. Porque si es cierto que fue difícil para Sabino hablar y actuar con el coraje que lo hizo a fines del siglo XIX, cuando España perdía sus últimas colonias americanas, trataba de insurrecto y criminal a Martí y fusilaba a Rizal, y cuando otros vascos destacados de su generación, la del 98: Unamuno, Baroja y Maeztu, estaban de espaldas al drama vasco y entregados al ideal de la recuperación de la España centralista que vivían (sólo Unamuno se fijó en él con alguna seriedad), pero si esto era difícil, digo, y arriesgado, no lo fue menos organizar de la nada, de sólo la sorpresa de una guerra impuesta por una poderosa sublevación militar a un pueblo que tenía el alma vestida de civil, un ejército de 115.000 hombres.

Y esto en la situación estratégica y las condiciones logísticas más desesperadas.

Son las dos herencias, la de Sabino de Arana y la de José Antonio de Aguirre, las que nos llegan vivas, y por esto actuales, con este libro.

La que nos lega Aguirre en estas líneas está estrechamente unida al ideario de libertad nacional y el estricto sentido de ética política sobre la que hace descansar el Lendakari la conciencia moral que sostuvo a los vascos que en 1936 resistieron "la agresión violenta e ilegítima" que les sorprendió por la espalda. En cuanto a algunas acusaciones de integrismo religioso que se hacen a Sabino, lo defiende aduciendo certeramente el hecho condicionador del clima de sectarismos anticlericales y los integristas intolerantes de la tradición española a que tuvo que enfrentarse. Arana Goiri defiende la autonomía de los dos campos, el religioso y el civil, y antepone el respeto intransigente de la libertad del hombre; tanto, que se convierte en "uno de los más ilustres precursores del humanismo cristiano de nuestros días". Y si no, repárese en los frutos que señala Aguirre: es la primera vez en la historia (1936) de Europa que aparecen hombres de inspiración cristiana luchando al lado de fuerzas claramente de izquierda. A los vascos nos llamaron "comunistas" por esta decisión de defender la legalidad democrática, y muchos demócratas nos ponían los reparos prejuiciados que tanto hizo por alentar la conducta oficial de la Iglesia. Hay que comprender esta circunstancia para valorar el drama que vivió nuestro pueblo.

Y no en balde. Así lo reconocen al final de la segunda guerra mundial François Mauriac y Jacques Maritain, dos hombres fundamentales del pensamiento cristiano y democrático de Europa. Pero el momento fue difícil, y en la decisión pesó sobre todo la conciencia moral, y así como Aguirre es justo al señalar que "ninguno de estos resultados de significación cristiana y democrática hubiera sido posible sin la recia educación cristiana y democrática dada al pueblo con la doctrina de Sabino Arana Goiri", nosotros podemos, y debemos, añadir que tampoco sin el espíritu de conciliación, de tolerancia, de criterio libre y de determinación que demostró Aguirre al constituir un gobierno con la cooperación de todos los grupos políticos que estuvieron frente a la rebelión, no se hubiera cumplido honrosa y valientemente ante el mundo el difícil papel que tocó hacer a este primer Gobierno de Euzkadi.

Pero volviendo a Sabino, quiero fijarme ahora, entre las muchas cosas importantes de que se habla en este libro, en una parte en que Basaldúa alumbró algunos aspectos que son de mucha actualidad: *Navarra* está en la preocupación sustantiva de Sabino; cuando Gamazo pide la exterminación del régimen administrativo de Navarra ante el

Congreso de Diputados en 1893, Sabino grita en *Bizkaitarra*: "yo quisiera hacerles saber a nuestros hermanos (navarros) que son muchísimos los bizcainos que no tienen otra aspiración que el restablecimiento absoluto de los Fueros". Así llega el Orfeón Pamplonés a *Bilbao*, y en *Guernica*, homenajeando a los navarros ("¡Viva Navarra!") se gritó por primera vez: ¡Viva Euskeria Independiente! (La voz *Euzkadi* nació más tarde, en 1899). Once días más tarde, y en el mismo clima de protesta, se producen en *San Sebastián* grandes disturbios porque el director de la Banda Municipal se niega a ejecutar el "Gernikako Arbola"; como en *Vitoria* despidieron a pedradas tres años antes a Cánovas, también en Donosti se encienden los ánimos, se presenta la Guardia Civil, dispara, "matando e hiriendo a numerosas personas"; al día siguiente el pueblo se apodera del Ayuntamiento, nombra una Comisión de Orden Público de cincuenta personas y logra que se retire la fuerza pública de las calles. Y dice Basaldúa que "a partir de entonces los conciertos en el Boulevard comenzaron con el 'Gernikako Arbola', en general coreado con fervor y cuidando que nadie permaneciese cubierto o sentado durante la ejecución".

En estos hechos que ocurrieron hace 84 años, están juntos, como lo estuvieron en las dos guerras carlistas anteriores, las cuatro regiones vascas de Euskadi peninsular (Sabino ha dejado muy claro –"El Partido Carlista y los Fueros Vasco-Navarros"– que Euzkadi está constituida por las seis de un lado y otro del Bidasoa y el Pirineo) y está también reflejada la situación que hoy vivimos.

Sólo que han pasado casi noventa años desesperantes sin cambiar nada.

Pero esta visión de lo vasco que aceptamos con toda naturalidad como si hubiese sido elaborada por los hombres de hoy, fue obra revolucionaria de Sabino. Es él quien sacude la voluntad que necesita nuestro pueblo para recorrer el camino de la libertad de un pueblo que, ya agotado en dos guerras largas y terribles, había comenzado a resignarse a la pérdida fundamental, y se estaba quedando en el juego de alcanzar unos privilegios que no tenían más sentido que el que tiene un callejón sin salida.

Para Sabino está claro que los Fueros no se perdieron en 1876, cuando ya no se discutía más que de unos "privilegios", sino en 1839, cuando al incorporarnos brutal y arbitrariamente, y mediante engaño, a la Constitución que tenían los restantes pueblos del Estado español, nos hicieron a los vascos con el despojo de la nuestra, la que equivalía a nuestra Libertad nacional. Para Sabino, la libertad de Euzkadi sólo se obtendrá con la derogación de esta Ley, no sólo usurpadora, sino también ilegal. Sabino dice con claridad meridiana, y de aquí su fuerza, que: "su restablecimiento (el de los Fueros) equivaldría a la independencia absoluta".

En cuanto a la lengua, es también igualmente claro y tajante: "el euskera es la lengua nacional de Euskeria".

Todo este ideario, que a veces estamos tentados de creer que ha brotado con nosotros, tiene estos antecedentes: los de Sabino que mencionamos, abonado luego por los incontables sacrificios de vidas, cárcel, persecución y exilio que ha vivido nuestro pueblo para defenderlos.

Hasta hoy.

Es, pues, importante para los vascos de hoy conocer nuestros antecedentes políticos, todos los que nos han traído hasta aquí, los que hacen comprensible y digno de vivir el momento difícil que estamos atravesando.

Y no para quedarnos en ellos, pero sí para tenerlos sustancialmente en cuenta al programar nuestro futuro.

Por eso me parece que este libro de Basaldúa ha unido a dos hombres entrañables, a dos héroes: a estos hombres precedieron y han seguido otros, y se irán produciendo los hombres que necesite Euzkadi mientras dure la injusticia.

Es la señal de que nuestra vieja nacionalidad sigue vive todavía.

Es de justicia que se pueda reeditar y distribuir libremente ahora, cuando nuestro pueblo comienza a hablar su lengua en la escuela, está en puertas de acceder a su Universidad, cuando la larga y terca lucha del vasco por su libertad está entrando, parece, esperamos, por el camino que puede, y no sin esfuerzo, y no sin trabajo, pero puede, llevarnos al grado de democracia que nos permitirá construir aquella otra que está exigiendo nuestro pueblo en la libertad de su conciencia profunda.